



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVI

DECAÑO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM. 10318

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

JUEVES 26 DE MARZO DE 1896

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 81.

MAQUINAS Y HERRAMIENTAS
Para las minas, las fundiciones, obra pública y para la agricultura.
Arados de doble vertedera, Bombas de gran rendimiento, Máquinas para pañados, Norias especiales.
Especialidad en calderas y máquinas de vapor, cables de abacá y metálicos.

Via férrea con sus wagonetas, plataformas y demás accesorios, correns, etcétera, etcétera.
Bancos y Cajas para caudales.
Excelentes referencias sobre la bondad de nuestros artículos.
CAMILO PEREZ LURBE
12, CASTELLINI 12.

LA VIRGEN DE LA CARIDAD MADRE DE JESUS Y MADRE NUESTRA

ESCENA TRISTISIMA.

Jesús había sido enclavado en la cruz; cogido por los terribles ejecutores, empieza á destacarse por la silueta del Calvario.

Al ver la víctima elevada entre el cielo y la tierra, el pueblo aplañado en las pendientes y en la parte baja, lanzó contra Jesús un inmenso vocerío.

«¡Dah! ¡Tu que destruyes el templo de Dios y lo reedificas en tres días, salvate á tí mismo. Si eres el Hijo de Dios, bájate de la cruz!»

Y llamándose unas blasfemias á otras, continuaban:

«Ha puesto su confianza en Dios... pues libréle Dios, ya que le ama. ¿No ha dicho: Yo soy el Hijo de Dios?»

Entre tanto, en medio de este tumulto los verdugos habían levantado otras dos cruces, una á la derecha y otra á la izquierda, que tenían dos ladrones condenados tiempo antes y guardados para la expiación solemne de la pascua; estos hacían también burla del Galileo. «Si tú eres el Cristo, salvate á tí mismo y á nos otros.»

Para completar la tristeza del cuadro, tan triste ya por sí, no se oía ni una sola voz amiga. María y las piadosas mujeres eran contenidas á cierta distancia por la guardia romana, y Juan tenía harto que hacer con protegerlas de los empujones de la turba y los asaltos del propio dolor.

Mientras la chusma ahullaba, mientras blasfemaban los Sacerdotes y hacían mofa los soldados y los ladrones prodigaban á Jesús las últimas injurias, El, alzando la cabeza con trabajo y esforzándose por mirar al cielo, con voz apagada, decía con inefable dulzura: «Padre, perdónalos, que no saben lo que hacen.»

Apenas el Salvador había pronunciado esta palabra, cuando el efecto se hizo ver en el alma de uno de los ladrones. Cesó repentinamente de blasfemar aquí desdichado, al mismo tiempo que su corazón daba entrada á cierta compasión respetuosa de la gran Víctima, cuyo destino compartía. Volviendo hacia su cómplice la mirada suplicante y severa á la vez, le dijo:

«No tienes temor de Dios, ni aun ahora que vas á morir. Si nosotros padecemos, motivo hemos dado; recibiendo estamos la paga de nuestros delitos.

«Pero este qué mal ha hecho? Y luego dirigiéndose á Jesús.

«Señor, dijo, con humildad,

acuérdate de mí cuando hayas entrado en tu reino.»

La conversión era completa. ¿Y en qué había reconocido á Cristo? En el tono de misericordia todo poderosa con que había pedido al Padre el perdón de sus verdugos. Solo un Dios podría pedir con esa confianza, solo un Dios podía perdonar con aquella mansedumbre.

Así es que luego al punto recibió la absolución de sus pecados y la seguridad de su salvación.

«En verdad te lo digo: Hoy estarás conmigo en el paraíso.»

Entre tanto las tinieblas eran ya tales, que difícilmente se veían unos á otros; la mayor parte de los Judíos se volvían apresuradamente á la ciudad y se refugiaban en el templo, contra la catástrofe que comprendían se les venía encima. Los amigos de Jesús pudieron, pues, acercarse con cautela hasta el pie de la cruz, allí estaban María su madre, Juan el discípulo amado, la Magdalena y Marta, María de Jacobo, Salomé, Juana de Lusa y otras cuyos nombres no nos ha conservado la tradición.

Las miradas del moribundo se fijaron en este pequeño grupo de amigos fieles, buscando sin duda á Aquella que él esperaba para esta postrera despedida. María se mantenía de pie á la izquierda de Jesús, junto al mal ladrón, cual si hubiera tratado de preservarle de la justicia que iba á caer sobre él. ¡Ay! ¡Esfuerzo inútil, porque el miserable no lo había de aprovechar! Del corazón de la divina Madre subía al corazón de su Hijo una súplica ardiente por el linaje humano, del cual la había hecho cómplice, y lo que ella quería ante todo era la seguridad del perdón para la humanidad. El la comprendía perfectamente; y sin lanzarla la dirigió una palabra llena del respeto que correspondía al ministerio que entonces la confiaba.

«MUJER HE AHÍ A TU HIJO.»
Y con los ojos designaba á San Juan. Luego dijo al discípulo con dulce y grave tono:

«HE AHÍ A TU MADRE.»
Es de ir: ¡Oh madre mía, reina y señora de cuanto yo tengo! hé ahí á los hombres que te encomiendo para que desde hoy seas su abogada. ¡Yo te hago madre de ellos para que me impidas rechazarlo sin rechazarle á tí! ¡Gózate, madre mía. Son salvos! Y tu hombre hé ahí tu modelo y tu refugio! Te he perdonado, toda vez que pongo tu suerte en las manos de Aquella á quien no puedo negar nada cuando intercede por tí.

Sucedió á esto un largo silencio durante el cual Jesús entró en el último período de la agonía, más rápida, pero también más cruel que la de Gethsemani. No quiso entregarse á ella antes de dar á los pecadores seguridad contra el temor de que los deje Dios en el abandono en que iba á dejar á la víctima de sus pecados: por eso les dio primero un refugio en el amor maternal de María.

El aspecto del Calvario ha cambiado por completo.

Jesús había entregado su espíritu en las manos de su Eterno Padre. No quedaba gente, ni nada del anterior tumulto; algunas pobres mujeres lloraban á los pies del Nazareno, alrededor de su madre, desolada en brazos del único amigo que le había quedado fiel. El costado de Cristo había sido atravesado por la lanza de Longinos. Joseph de Arimathea había obtenido el permiso de Pilatos para que le fuese entregado el cuerpo de Jesús. Provisto de lo necesario llegó al Calvario al mismo tiempo que Nicodemo. Como el día comenzaba á declinar, procedieron de seguida á su santa misión, por no violar el reposo del sábado.

Se puso, pues Joseph, á sacar los clavos que se reservaron las santas mujeres, así como la corona de espinas; María seguía con inquieta mirada los movimientos de los criados que desprendían uno tras otro los rígidos miembros, mientras Joseph y Nicodemo sostenían en sus brazos el cuerpo, y le dejaban caer poco á poco al suelo.

La tradición, nos presenta á la bendita Madre sentada entonces al pie de la cruz, recibiendo sobre sus rodillas la cabeza lívida y ensangrentada de su Hijo, besándole y bañándole con sus lágrimas entre oraciones y lamentos. ¿Tendría la Pasión una hora más dolorosa que esta? Solo podría decirnoslo el que, según San Juan Crisostomo, levantó en el Calvario los altares para las dos inmolationes de su carne y del corazón de su madre. En este Océano de dolores, cada ola parecía que se llevaba toda el alma sin quitar nada de su amargura á la ola siguiente:

«A quien te compararé, ¡Oh hija de Jerusalem!—decía la iglesia con palabras de Jeremías. ¿A quien te asemejaré, y como podré consolarte, ¡Oh Virgen, Hija de Sión! Vuestro dolor es inmenso como el mar: ¿quien lo remediará? El Señor ha consumado en vos sus eternos designios. Todo lo ha quebrantado sin compasión... Dejád correr vuestro llanto día y noche, y elevanse vuestros gemidos sin tregua ni descanso.» (Theu. II. 13 y 17-18.)

Cartageneros, hé ahí en la Virgen de la Caridad á vuestra Madre; escuchad sus palabras; ¡Oh vos omnes qui transitis per viam, attendite et videte, si est dolor sicut dolor meus. Os atreveréis á profanar su dolor, ofendiendo á su Hijo?

ERRORES QUE DAN HORROR

El lamentable accidente que dió lugar á que los batallones de San Quintín y Llerena se atacaran encarnizadamente, se ha repetido. Otro error funestísimo ha dado origen á que, combatiéndose mutuamente por fuerzas contrarias, las columnas Holguín y Godoy se batan con fiereza, dejando en el campo abundante cosecha de muertos y heridos.

Diez y seis de los primeros, entre ellos un teniente coronel, y ochenta y cuatro de los segundos, en cuyo número figuran cinco oficiales, ha sido el precio de ese error lamentable que ha levantado largo lamento de piedad dolorosa en todos los pechos españoles.

Que los soldados vayan á Cuba á defender el honor de la patria y la bandera; que entreguen el pecho á las balas enemigas y mueran matando, es triste, doloroso, temido; mas les lleva allí el deber y hay que acatarlo y cumplirlo. En tales casos el dolor que produce la pérdida de esos valientes queda atenuado en parte por la victoria. Pero que luchen hermanos contra hermanos; que una traición confidencia lleve, á favor de las negruras de la noche, á una columna á agredir á otra columna, mientras el enemigo asiste desde lejos á la lucha, impávido, dibujándose en sus labios la sonrisa de Meffistófeles y sintiendo en el corazón el innoble burrugueo de la verganza, es cosa que dá horror é indignación al par.

Sin duda no háy responsabilidad en esa equivocación, que no es la primera y quiera Dios que sea la última.

¡Pobres soldados! Con el pensamiento puesto en la patria y en la madre, contestaron á la agresión con la agresión, y ebrios de coraje y de gloria lanzáronse una y otra vez sobre el enemigo ganosos de desbaratarlo y destruirlo. La resistencia que encontraban les debió hacer comprender que quien les cortaba el paso no era el cobardo enemigo.

Lo ocurrido es una desdicha irremediable, pero no debe amilanarnos. Póngase los medios para que no se repita; elevemos á Dios una plegaria por los muertos; asistamos á los heridos con todo esmero y al grito santo de viva España castigábase á los causantes de la guerra, que son por esa causa los culpables de los errores que á patria llora.

Con «El Liberal.»

Tiene razón «El Liberal.» Este fallo de esperanzas y reflejo de descorazonamientos á que estamos sometidos desde que comenzó en el senado de Washington la discusión de la beligerancia, nos favorece poco. Además nos obliga á un trabajo penoso que nada nos reporta, al contrario, nos hace perder una parte de energía.

Hasta ahora hemos podido esperar que la voz de Halle, y demás senadores que han hablado en defensa de la razón y la justicia, llevara el convencimiento al ánimo de sus compañeros, excepción hecha de Sherman, Morgan, Lodge y demás, seguramente que impantan á España, movidos por el odio que tienen ó tal vez obedeciendo los instintos de la oferta; pero después de lo ocurrido el último lunes en la Cámara, de donde fué retirada la proposición de la comisión mixta, para sustituir, con otra que ha de tener carácter ejemplar, á menos que el presidente no lo oponga, el veto, abrigar esperanzas sería cosa digna de tontos voluntarios.

No los debemos esperar ya que los senadores yankees van á votar sobre su acuerdo, confesando que carecían de la

formas respecto á los asuntos de Cuba al votar la beligerancia. Eso no lo confesaron jamás los orgullosos ingratos del N. América, entre otras cosas, porque les deno cuenta y algo les vale la defensa decidida que hacen de los pebreitos incedidos y asesinos. Entre los honos que ofrecen los filibusteros y la consideración que podemos ofrecer nosotros á quienes nos hagan justicia, no cabe la duda. Si el que ha de elegir es yankee, casi siempre se inclinará ante el número; lo demás no importa.

Esperar aún en vista de lo que ocurre es una temeridad. Lo que hay que hacer es ocuparse en todo lo que reclama preferente atención si estuviese declarada la guerra.

Puede ser que no lleguemos al *casus belli*. Mejor si no hay lesión para la *honor*. Pero por si llegáramos á ese caso, hay que hacer como si la guerra fuera el fatal y necesario resultado de la situación presente.

Huégala ya ocuparse del senado y de lo que harán los senadores. Comprar buques, organizar ejercicios y armar barcos es lo que importa para que los sucesos nos colan prevenidos, y si después no es necesario nada de eso, tanto mejor.

Por la Marina.

El glorioso hecho de armas realizado por el destacamento de Infantería de Marina auxiliado por la goleta de guerra «Caridad», consiguiendo no perder absolutamente nada de las armas y municiones que aprehendieron, á pesar de haber resistido, sin cesar en veinticuatro horas, los rudos ataques de la numerosa partida de insurrectos que procuraban recargarles, está siendo objeto de grandes elogios y calorosas felicitaciones en Madrid y en los departamentos marítimos, en que es más conocida y estudiada esa importante fuerza de nuestro ejército, que seña á un soldado escogido, una oficialidad distinguida por sus estudios y su carácter especial técnico, el más á propósito sin duda alguna, por razón de su modo militar de vivir, para prestar eminentes servicios en guerras como la de Cuba ó en cualquier otra de nuestras colonias, las que poseen por qué sus servicios ordinarios los prestan también en ellas.

Respecto á esto, tiene proyectado el Sr. Beranger organizar un regimiento más de ese instituto para mandarlo á Filipinas, con el propósito de que un batallón resida en Mindanao y otro en Cavite, respondiendo así á los fines efectivos de ese cuerpo, que son los de defender colonialmente en primer y principal término.

Cuando me los habres de Infantería de Marina, con un general del cuerpo, Sr. Albacete, hay hoy en la guerra de Cuba. He fundado esa unidad orgánica bajo el nombre de «Caridad» y legítimo mando de sus propios hijos, que es la verdadera organización de ejército que hoy afecta, en cuanto es posible, el general Mayor, asegurando todos los que de la Infantería de Marina nos hablan que gozamos de una posición superior, que nos permite á crear una página más de la brillante historia que con sangre y heroísmo se está escribiendo en aquella América. Nuestro valeroso ejército, asamblea de los más nobles y distinguidos representantes de la patria, que en esta bendita tierra, defendiendo las cuestiones de honor nacional, de sentimiento patrio, las sienten de igual modo el veterano y el joven, poseído por ellas con igual valor y nobleza, sin sentir penalidades, como se